

Hannah Arendt

# Escritos judíos

Edición de Jerome Kohn y  
Ron M. Feldman

## Nosotros, los refugiados

Enero de 1943

En primer lugar, no nos gusta que nos llamen «refugiados». Nosotros mismos nos llamamos unos a otros «recién llegados» o «inmigrantes». Nuestros periódicos son diarios para «estadounidenses de lengua alemana» y, por lo que yo sé, no hay ni hubo nunca ningún club fundado por los perseguidos de Hitler cuyo nombre indicara que sus miembros eran refugiados.

Un refugiado solía ser una persona obligada a buscar refugio por algún acto cometido o por sostener alguna opinión política. Bien, es verdad que nosotros tuvimos que buscar refugio, pero no cometimos acto alguno y la mayoría de nosotros nunca soñó con tener una opinión política radical. Con nosotros, el significado del término «refugiado» ha cambiado. Ahora «refugiados» son aquellos de nosotros que han tenido la desgracia de llegar a un país nuevo sin medios y que han tenido que recibir ayuda de comités de refugiados.

Antes de que estallara esta guerra éramos todavía más sensibles al hecho de que nos llamaran refugiados. Hicimos todo lo que pudimos para demostrar a los demás que no éramos más que inmigrantes ordinarios. Declaramos que habíamos partido por nuestra propia libre voluntad a países de nuestra elección, y negamos que nuestra situación tuviera algo que ver con los «llamados problemas de los judíos». Sí, nosotros éramos «inmigrantes» o «recién llegados» que habíamos dejado nuestro país porque un buen día ya no nos convenía quedarnos, o por razones puramente económicas. Queríamos rehacer nuestras vidas, eso era todo. Para rehacer la propia vida hace falta ser fuerte y optimista. De modo que nosotros somos muy optimistas.

Nuestro optimismo, ciertamente, es admirable, aunque lo digamos nosotros mismos. La historia de nuestra lucha ha llegado

por fin a conocerse. Perdimos nuestro hogar, es decir, la cotidianidad de la vida familiar. Perdimos nuestra ocupación, es decir, la confianza de ser útiles en este mundo. Perdimos nuestra lengua, es decir, la naturalidad de las reacciones, la simplicidad de los gestos, la sencilla expresión de los sentimientos. Dejamos a nuestros parientes en los guetos polacos y nuestros mejores amigos han sido asesinados en campos de concentración, lo que equivale a la ruptura de nuestras vidas privadas.

No obstante, tan pronto como fuimos rescatados —y la mayoría de nosotros lo fue varias veces—, empezamos nuestras nuevas vidas y tratamos de seguir tan fielmente como nos fue posible todos los buenos consejos que nuestros salvadores nos dieron. Nos dijeron que olvidáramos, y nosotros olvidamos más rápido de lo que nadie podría nunca imaginar. De manera amistosa se nos recordó que el nuevo país se convertiría para nosotros en un nuevo hogar, y tras cuatro semanas en Francia o seis semanas en Estados Unidos pretendíamos ser franceses o estadounidenses. Los más optimistas de entre nosotros añadirían incluso que su vida anterior la habían pasado en una especie de exilio inconsciente y sólo su nuevo país les enseñaba ahora qué aspecto tiene realmente un hogar propio. Es cierto que a veces planteamos objeciones cuando nos dicen que olvidemos nuestro trabajo anterior, y normalmente resulta duro renunciar a nuestros ideales anteriores si está en juego nuestra posición social. Con el idioma, de todos modos, no encontramos dificultades: después de sólo un año, los optimistas están convencidos de que hablan el inglés tan bien como su lengua materna, y pasados dos años juran solemnemente que lo hablan mejor que cualquier otra lengua (su alemán es un idioma que apenas recuerdan).

Para olvidar más eficazmente preferimos evitar cualquier alusión a los campos de concentración o de internamiento que conocimos en casi todos los países europeos: podría interpretarse como pesimismo o falta de confianza en la nueva patria. Además, ¿cuántas veces nos han dicho que a nadie le gusta escuchar todo eso? El infierno ya no es una creencia religiosa ni una fantasía, sino algo tan real como las casas, las piedras y los árboles. Aparentemente nadie quiere saber que la historia contemporánea ha creado una nueva clase de seres humanos: la clase de los que son confinados en campos de concentración por sus enemigos y en campos de internamiento por sus amigos.

Ni siquiera entre nosotros mismos hablamos sobre ese pasado. En lugar de ello, hemos encontrado nuestra propia manera de do-

minar un futuro incierto. Ya que todo el mundo planea y desea y espera, también nosotros lo hacemos. Aparte de estas actitudes humanas generales, intentamos, sin embargo, aclarar el futuro de manera más científica. Después de tanta mala suerte queremos un rumbo tan seguro como un arma. Por tanto, dejamos atrás la tierra con todas sus incertidumbres y elevamos nuestros ojos al cielo. Las estrellas nos dicen —mejor que los periódicos— cuándo será derrotado Hitler y cuándo nos convertiremos en ciudadanos estadounidenses. Creemos que las estrellas son consejeras más dignas de confianza que todos nuestros amigos; nos enteramos por ellas de cuándo hemos de almorzar con nuestros benefactores y de cuál es el día más propicio para rellenar uno de esos innumerables cuestionarios que acompañan nuestra vida presente. A veces no nos fiamos ni siquiera de las estrellas, sino más bien de las líneas de nuestra mano o de los signos de nuestra grafía. De esta manera sabemos menos sobre acontecimientos políticos pero más sobre nuestro propio querido yo, aun cuando el psicoanálisis haya pasado hasta cierto punto de moda. Aquellos tiempos felices son un pasado en el que aburridas damas y caballeros de la alta sociedad conversaban sobre las geniales travesuras de su primera infancia. Ya no necesitan más historias de fantasmas; son experiencias reales lo que hace que sus carnes se estremezcan. Ya no hay necesidad de hechizar el pasado, está suficientemente hechizado en la realidad. Así, a pesar de nuestro franco optimismo, usamos todo tipo de trucos mágicos para convocar a los espíritus del futuro.

Yo no sé qué recuerdos y qué pensamientos moran de noche en nuestros sueños. No me atrevo a pedir información, ya que también yo preferiría ser un optimista. Pero a veces imagino que al menos por la noche pensamos en nuestros muertos o recordamos los poemas que una vez nos entusiasmaron. Podría incluso entender que nuestros amigos de la Costa Oeste, durante el toque de queda, hayan tenido ideas tan curiosas como la de creer que no somos sólo «futuros ciudadanos» sino actuales «extranjeros enemigos». A la luz del día, por supuesto, nos convertimos sólo «técnicamente» en extranjeros enemigos: todos los refugiados lo saben. Pero cuando razones técnicas te impidieron dejar tu casa durante las horas de oscuridad, ciertamente no fue fácil evitar oscuras especulaciones sobre la relación entre lo técnico y lo real.

No, algo va mal con nuestro optimismo. Están entre nosotros aquellos extraños optimistas que, habiendo pronunciado un montón de discursos optimistas, vuelven a casa y encienden el gas o

hacen uso de un rascacielos de forma un tanto inusitada. Parecen demostrar que nuestro proverbial buen humor se basa en una peligrosa predisposición a la muerte. Educados en la convicción de que la vida es el más alto bien y la muerte, la mayor desgracia, nos hemos convertido en testigos y víctimas de terrores peores que la muerte (sin haber podido descubrir un ideal más alto que la vida). De este modo, aunque la muerte ha perdido para nosotros su horror, no hemos llegado a tener ni la voluntad ni la capacidad de arriesgar nuestras vidas por una causa. En lugar de luchar —o de pensar en cómo ser capaces de devolver los golpes— los refugiados nos hemos acostumbrado a desear la muerte a amigos o parientes; si alguien muere, nos alegramos al imaginar todo el sufrimiento del que se ha librado. Finalmente, muchos terminamos por desear también para nosotros la posibilidad de ahorrarnos algún sufrimiento, y actuamos en consecuencia.

Desde 1938 —desde la invasión de Austria por Hitler— hemos visto con qué rapidez el locuaz optimismo podía tornarse en mudo pesimismo. Conforme iba pasando el tiempo, nos poníamos peor: aún más optimistas y aún más propensos al suicidio. Los judíos austriacos bajo Schuschnigg eran personas tan alegres...; todos los observadores imparciales los admiraban. Era maravilloso verlos tan profundamente convencidos de que nada podía sucederles. Pero cuando las tropas alemanas invadieron el país y los vecinos gentiles empezaron a provocar disturbios frente a las casas judías, los judíos austriacos empezaron a suicidarse.

A diferencia de otros suicidas, nuestros amigos no dejan explicación alguna de su acto, ninguna acusación, ningún cargo contra un mundo que ha forzado a un hombre desesperado a hablar y a comportarse alegremente hasta su último día. Las cartas que dejan son documentos convencionales, sin importancia. Así, los discursos fúnebres que pronunciamos ante sus tumbas abiertas son breves, turbados y llenos de esperanza. Nadie se preocupa por los motivos, parecen estar claros para todos nosotros.

Hablo de hechos impopulares; y el que, para probar mi opinión, no disponga siquiera de los únicos argumentos que impresionan a la gente de hoy —las cifras— aún empeora las cosas. Incluso aquellos judíos que niegan con vehemencia la existencia del pueblo judío nos dan bastantes probabilidades de supervivencia por lo que hace a las cifras: ¿de qué otra manera podrían probar que

sólo unos pocos judíos son criminales y que muchos judíos están muriendo como buenos patriotas caídos en tiempo de guerra? Gracias a su esfuerzo por salvar la vida estadística del pueblo judío sabemos que éste tiene el índice más bajo de suicidios de todas las naciones civilizadas. Yo estoy bastante convencida de que esas cifras ya no son correctas, pero no puedo probarlo con nuevas cifras, aunque ciertamente puedo hacerlo con nuevas experiencias. Esto podría ser suficiente para aquellas almas escépticas que nunca estuvieron demasiado convencidas de que la medida del cráneo de una persona da una idea exacta de su contenido, o de que las estadísticas de delitos indican el nivel exacto de la ética nacional. De cualquier manera, dondequiera que los judíos europeos estén viviendo hoy, ya no se comportan con arreglo a leyes estadísticas. Los suicidios tienen lugar no sólo entre la gente presa del pánico en Berlín y en Viena, en Bucarest o en París, sino también en Nueva York y en Los Ángeles, en Buenos Aires y en Montevideo.

Por otro lado, se ha informado poco sobre los suicidios en los guetos y en los propios campos de concentración. Ciertamente que teníamos muy poca información de Polonia, pero sí hemos estado bastante bien informados sobre los campos de concentración alemanes y franceses.

En el campo de Gurs, por ejemplo, donde tuve la ocasión de pasar algún tiempo, oí hablar de suicidio una sola vez, y se trataba de una propuesta de acción colectiva, aparentemente un tipo de protesta concebido para fastidiar a los franceses. Cuando algunos de nosotros observamos que en cualquier caso nos habrían enviado allá «*pour crever*», el estado de ánimo general se tornó de pronto en violenta voluntad de vivir. La opinión general sostenía que uno debía ser anormalmente asocial y despreocupado de los acontecimientos generales si era todavía capaz de interpretar el desastre global como un caso de mala suerte personal e individual y, en consecuencia, terminaba con la propia vida personal e individualmente. Pero esas mismas personas, tan pronto como volvieron a sus propias vidas individuales, al verse enfrentadas con problemas individuales similares, se entregaron una vez más a ese insensato optimismo que es la antesala de la desesperación.

Somos los primeros judíos no religiosos perseguidos, y somos los primeros que, no sólo *in extremis*, respondemos con el suicidio. Quizás estén en lo cierto los filósofos que enseñan que el suicidio es la última y suprema garantía de la libertad humana: no siendo libres para crear nuestras vidas ni el mundo en el que vivi-

mos, lo somos, no obstante, para tirar nuestra vida por la borda y abandonar este mundo. Los judíos piadosos, ciertamente, no pueden realizar esta libertad negativa; entienden el suicidio como un asesinato, es decir, la destrucción de lo que el hombre no puede nunca producir, una interferencia en los derechos del Creador. *Adonai nathan veadonai lakach* («El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó»); y añadirían: *Baruch shem adonai* («Bendito sea el nombre del Señor»). Para ellos, el suicidio, lo mismo que el asesinato, significa un ataque blasfemo a la creación en su conjunto. El hombre que se da muerte afirma que no merece la pena vivir la vida y que el mundo no es digno de albergarlo.

Sin embargo, nuestros suicidas no son rebeldes locos que lanzan un desafío a la vida y al mundo, que intentan matar en sí mismos al universo entero. La suya es una manera silenciosa y modesta de esfumarse; parecen disculparse por la violenta solución que han hallado a sus problemas personales. En su opinión, por lo general, los acontecimientos políticos no tienen nada que ver con su destino individual; tanto en los buenos como en los malos tiempos, ellos creen únicamente en su personalidad. En esta ocasión encuentran en sí mismos unas misteriosas carencias que les impiden seguir adelante. Habiéndose creído desde su más temprana infancia con derecho a una determinada posición social, se ven como unos fracasados si esa situación no puede mantenerse por más tiempo. Su optimismo es la vana tentativa de mantenerse a flote. Tras esa fachada de alegría luchan sin tregua, desesperados de sí mismos. Finalmente, mueren de una especie de egoísmo.

Si nos salvan nos sentimos humillados, y si recibimos ayuda nos sentimos degradados. Luchamos como locos por existencias privadas con destinos individuales, ya que tenemos miedo de llegar a formar parte de ese miserable hatajo de *schnorrers*\* que muchos de nosotros, antiguos filántropos, recordamos demasiado bien. Así como en una ocasión no logramos entender que el llamado *schnorrer* era un símbolo del destino judío y no un *schlemihl*,\*\* tampoco hoy nos sentimos autorizados a practicar la solidaridad judía; no logramos darnos cuenta de que no somos tanto nosotros mismos los afectados como el pueblo judío en su conjunto. A veces nuestros protectores han reforzado decisivamente esta falta de comprensión. En efecto, recuerdo un director de una

\* «Pedigüeños.» (N. del t.)

\*\* «Cenizo» o «pobre diablo». (N. del t.)

gran institución benéfica de París que, siempre que recibía la tarjeta de un intelectual judío alemán con el inevitable título de «doctor», solía exclamar a pleno pulmón: «Herr Doktor, Herr Doktor, Herr Schnorrer, Herr Schnorrer!».\*

La conclusión que extraíamos de tan desagradables experiencias era bastante simple. Tener el título de doctor ya no nos colmaba, y aprendimos que para construir una nueva vida hace falta en primer lugar mejorar respecto de la anterior. Se ha inventado un bonito cuento de hadas para describir nuestro comportamiento: un infeliz perro raposero exiliado, en su desolación, comienza a hablar: «Una vez, cuando yo era un San Bernardo...».

Nuestros nuevos amigos, abrumados más bien por tantas estrellas y hombres famosos, a duras penas entienden que en el fondo de todas nuestras referencias a pasados esplendores yace esta simple verdad humana: hubo un tiempo en el que éramos personas por quienes la gente se interesaba, teníamos amigos que nos querían e incluso éramos conocidos de los caseros como personas que pagaban regularmente el alquiler. Hubo un tiempo en el que podíamos comprar nuestra comida y montar en el metro sin que nos llamaran indeseables. Nos hemos vuelto un poco histéricos desde que los chicos de la prensa empezaron a detectarnos y a decirnos públicamente que dejáramos de ser desagradables al comprar la leche y el pan. Nos preguntamos cómo es posible hacerlo; somos ya tan condenadamente cuidadosos en cada aspecto de nuestra vida cotidiana para evitar que nadie adivine quiénes somos, qué clase de pasaporte tenemos, dónde se rellenaron nuestros certificados de nacimiento... y que no le gustáramos a Hitler. Hacemos todo lo que podemos para encajar en un mundo donde tienes que ser políticamente circunspecto cuando vas a hacer la compra.

En semejantes circunstancias, el San Bernardo crece y crece. No puedo quitarme de la cabeza a aquel joven que, cuando se esperaba que aceptara un determinado tipo de trabajo, suspiró: «Usted no sabe con quién está hablando; yo fui jefe de sección en Karstadt's [unos grandes almacenes de Berlín]». Pero está también la profunda desesperación de aquel hombre de mediana edad que, después de pasar por innumerables turnos de diferentes comités a fin de salvarse, finalmente exclamó: «¡Y nadie de aquí sabe quién soy!». Como nadie lo trataba con la dignidad debida a un ser humano, comenzó a enviar telegramas a grandes personalidades y a

\* «¡Señor doctor, señor doctor, señor pedigüeño, señor pedigüeño!» (N. del t.)



los importantes contactos que tenía. Aprendió rápidamente que en este mundo insensato es mucho más fácil ser aceptado como un «gran hombre» que como un ser humano.

Cuanto menos libres somos para decidir quiénes somos o para vivir como nos gusta, más intentamos construir una fachada, esconder los hechos y representar papeles. Fuimos expulsados de Alemania porque éramos judíos. Pero apenas cruzamos la frontera francesa, nos convirtieron en «boches».\* Nos dijeron incluso que teníamos que aceptar esta designación si realmente estábamos en contra de las teorías raciales de Hitler. Durante siete años interpretamos el ridículo papel de intentar ser franceses: al menos, futuros ciudadanos; pero al comienzo de la guerra fuimos igualmente internados como «boches». Entretanto, la mayoría de nosotros, sin embargo, nos habíamos convertido efectivamente en unos franceses tan leales que no podíamos ni siquiera criticar una orden del gobierno francés; así, declaramos que nos parecía bien ser internados. Fuimos los primeros «*prisonniers volontaires*» conocidos en la historia. Después que los alemanes invadieron el país, el gobierno francés no tenía más que cambiar el nombre de la empresa: encarcelados por ser alemanes, no se nos liberó porque éramos judíos.

Es la misma historia en todo el mundo, repetida una y otra vez. En Europa los nazis confiscaron nuestras propiedades; pero en Brasil tenemos que pagar un 30 % sobre nuestros bienes, como el más leal de los miembros del *Bund der Auslandsdeutschen*.\*\* En París no podíamos salir de casa más tarde de las ocho porque éramos judíos; pero en Los Ángeles se nos imponen limitaciones por ser «extranjeros enemigos». Nuestra identidad cambia con tanta frecuencia que nadie logra averiguar quiénes somos realmente.

Por desgracia, las cosas no se presentan mejor cuando nos encontramos con judíos. Los judíos franceses estaban absolutamente convencidos de que todos los judíos llegados del otro lado del Rin eran lo que ellos llamaban *Polaks*: lo que los judíos alemanes llamaban *Ostjuden*. Pero aquellos judíos que realmente venían de la Europa oriental no podían estar de acuerdo con sus hermanos franceses y nos llamaban *Jaekes*. Los hijos de estos enemigos de

\* Expresión popular francesa para designar a los alemanes. (N. del t.)

\*\* «Unión de los alemanes en el extranjero.» (N. del t.)

los *Jaeces* —la segunda generación nacida en Francia y ya debidamente asimilada— compartía la opinión de los judíos franceses de clase alta. De este modo, en una misma familia, podías ser llamado *Jaেকে* por el padre y *Polak* por el hijo.

Desde el estallido de la guerra y la catástrofe sobrevenida a los judíos europeos, el mero hecho de ser un refugiado ha impedido nuestro mestizaje con la sociedad judía nativa, con algunas excepciones que no hacen sino confirmar la regla. Estas leyes sociales no escritas, aunque nunca admitidas públicamente, tienen la gran fuerza propia de la opinión pública. Y una opinión y una costumbre tan silenciosas son más importantes para nuestras vidas diarias que todas las proclamas oficiales de hospitalidad y buena voluntad.

El hombre es un animal social y la vida no es fácil para él cuando los lazos sociales se cortan. Las normas morales son mucho más fáciles de guardar en la contextura de una sociedad. Muy pocos individuos tienen la fuerza necesaria para conservar su propia integridad si su condición social, política y jurídica es completamente difusa. A falta de valor para luchar por un cambio de nuestra condición social y jurídica, muchos de nosotros hemos decidido intentar, en lugar de eso, un cambio de identidad. Y este curioso comportamiento hace las cosas mucho más difíciles. La confusión en la que vivimos es en parte nuestra propia obra.

Algún día alguien escribirá la verdadera historia de esta emigración judía de Alemania, y tendrá que empezar con una descripción de ese señor Cohn de Berlín que había sido siempre un 150 % alemán, un alemán superpatriota. En 1933, aquel señor Cohn encontró refugio en Praga y enseguida se convirtió en un convencido patriota checo: un patriota checo tan auténtico y tan leal como lo había sido como patriota alemán. El tiempo pasó y en torno a 1937 el gobierno checo, ya bajo cierta presión nazi, comenzó a expulsar a sus refugiados judíos, obviando el hecho de que éstos se sentían firmemente futuros ciudadanos checos. Nuestro señor Cohn se fue entonces a Viena; para adaptarse allí se requería un definido patriotismo austríaco. La invasión alemana empujó al señor Cohn a salir del país. Llegó a París en un mal momento y nunca obtuvo un permiso de residencia regular. Habiendo adquirido ya una gran destreza en confundir deseos con realidades, se negó a tomarse en serio medidas meramente administrativas, convencido de que pasaría su vida futura en Francia. Preparó, pues, su adaptación a la nación francesa identificándose a sí mismo con «nuestro» antepasado Vercingétorix. Creo que haría mejor en no extenderme en las

subsiguientes aventuras del señor Cohn. Mientras el señor Cohn no pueda hacerse a la idea de ser lo que de hecho es, un judío, nadie puede pronosticar todos los disparatados cambios por los que todavía tendrá que pasar.

Un hombre que quiere perder su identidad descubre, en efecto, las posibilidades de la existencia humana, que son infinitas, tan infinitas como la creación. Pero la recuperación de una nueva personalidad es tan difícil —y tan sin esperanza— como una nueva creación del mundo. Hagamos lo que hagamos, finjamos lo que finjamos ser, no hacemos más que revelar nuestro insensato deseo de transformación, de no ser judíos. Todas nuestras actividades están dirigidas a conseguir este objetivo: no queremos ser refugiados, puesto que no queremos ser judíos; fingimos ser angloparlantes, puesto que los inmigrantes de habla alemana de los últimos años son tachados de judíos; no nos denominamos apátridas, porque la mayoría de los apátridas del mundo son judíos; ansiamos llegar a ser leales hotentotes sólo para ocultar el hecho de que somos judíos. No tenemos éxito y no podemos tenerlo; bajo la fachada de nuestro «optimismo» se puede detectar fácilmente la tristeza desesperada de los asimilacionistas.

Con nosotros, los que venimos de Alemania, la palabra «asimilación» recibió un significado filosófico «profundo». No puedes hacerte una idea de lo serios que somos respecto a ello. Asimilación no significaba la necesaria adaptación al país donde resultó que nacimos y a la gente cuya lengua resultó que hablábamos. Nos adaptamos en principio a cualquier cosa y a cualquier persona. Esta actitud me resultó bastante clara en cierta ocasión gracias a las palabras de uno de mis compatriotas que, evidentemente, sabía cómo expresar sus sentimientos. Nada más llegar a Francia, encontró una de esas sociedades de adaptación en las que los judíos alemanes se aseguraban unos a otros que ya eran franceses. En su primera intervención dijo: «Hemos sido buenos alemanes en Alemania y, por tanto, seremos buenos franceses en Francia». El público aplaudió entusiasta y nadie se rió; estábamos felices de haber aprendido cómo probar nuestra lealtad.

Si el patriotismo fuera una cuestión de rutina o de práctica, nosotros deberíamos ser los más patriotas del mundo. Volvamos a nuestro señor Cohn; ciertamente ha batido todos los registros. Es ese inmigrante ideal que siempre, en cada país al que un terrible

destino lo ha conducido, ve y ama inmediatamente las montañas autóctonas. Pero como todavía no se cree que el patriotismo sea cuestión de práctica, es duro convencer a la gente de la sinceridad de nuestras reiteradas transformaciones. Esta lucha hace a nuestra propia sociedad igualmente intolerante; exigimos la completa afirmación al margen de nuestro propio grupo porque no estamos en condiciones de obtenerla de los nativos. Los nativos, enfrentados con seres tan extraños como somos nosotros, se vuelven suspicaces; desde su punto de vista, por lo general, sólo es comprensible una lealtad a nuestros antiguos países. Eso nos hace la vida muy amarga. Podríamos superar esa sospecha si explicáramos que, siendo judíos, nuestro patriotismo en nuestros países de origen era de naturaleza más bien peculiar, pese a ser realmente sincero y profundamente arraigado. Escribimos grandes volúmenes para probarlo, pagamos a toda una burocracia para explorar su antigüedad y para explicarla estadísticamente. Hicimos que los eruditos escribieran disertaciones filosóficas sobre la armonía preestablecida entre judíos y franceses, judíos y alemanes, judíos y húngaros, judíos y... Nuestra lealtad de hoy, de la que tan frecuentemente se sospecha, tiene una larga historia. Es la historia de ciento cincuenta años de judíos asimilados que lograron una hazaña sin precedentes: aun probando todo el tiempo su carácter no judío, consiguieron continuar siendo judíos a pesar de todo.

La desesperada confusión de estos Ulises vagabundos, que, a diferencia de su gran prototipo, no saben quiénes son, se explica fácilmente por su rematada manía de negarse a preservar su identidad. Esta manía viene de mucho antes de los diez últimos años que revelaron lo profundamente absurdo de nuestra existencia. Somos como la gente obsesionada con una idea que no puede evitar tratar continuamente de disfrazar un estigma imaginario. De modo que nos entusiasmos con cada nueva posibilidad que, por ser nueva, parece capaz de producir milagros. Nos sentimos fascinados por cada nueva nacionalidad de la misma forma que a una mujer de talla considerable le encanta cada nuevo vestido que promete darle el talle deseado. Pero le gusta el nuevo vestido únicamente mientras cree en sus milagrosas cualidades, y se deshará de él tan pronto como descubra que no cambia su talla... o, para el caso, su condición.

A uno le puede sorprender que la evidente inutilidad de todos nuestros falsos disfraces no haya sido todavía capaz de desalentarnos. Si es cierto que los hombres rara vez aprenden de la histo-

ria, también lo es que pueden aprender de experiencias personales que, como en nuestro caso, se repiten una y otra vez. Pero antes de lanzarnos la primera piedra, recuerda que ser judío no da ningún reconocimiento jurídico en este mundo. Si empezáramos contando la verdad de que no somos sino judíos, ello supondría exponernos al destino de los seres humanos que, sin la protección de ninguna ley o convención política concreta, no son nada más que seres humanos. Apenas puedo imaginarme una actitud más peligrosa, puesto que vivimos de hecho en un mundo en el que los seres humanos como tales han dejado de existir por un buen rato; puesto que la sociedad ha descubierto en la discriminación la gran arma social con la que uno puede matar hombres sin derramamiento de sangre; puesto que los pasaportes o los certificados de nacimiento, y a veces incluso los recibos del impuesto sobre la renta, ya no son papeles oficiales sino cuestiones de distinción social. Es verdad que la mayoría de nosotros depende enteramente de cánones sociales; perdemos confianza en nosotros mismos si la sociedad no nos aprueba; estamos —y siempre lo estuvimos— preparados para pagar cualquier precio con el fin de ser aceptados por la sociedad. Pero es igualmente verdad que los poquísimos de entre nosotros que han intentado salir adelante sin todos esos trucos y juegos de adaptación y asimilación han pagado un precio mucho más alto de lo que se podían permitir: pusieron en peligro las pocas oportunidades que se ofrecen incluso a los proscritos en un mundo que anda patas arriba.

La actitud de aquellos pocos que, siguiendo a Bernard Lazare, podríamos llamar «parias conscientes», es tan difícil de explicar a partir únicamente de los últimos acontecimientos como la actitud del señor Cohn, que trataba por todos los medios de hacerse un arribista. Unos y otros son hijos del siglo XIX que, aun sin conocer proscritos jurídicos ni políticos, conoció demasiado bien los parias sociales y su contrapartida, los advenedizos sociales. La historia moderna de los judíos, que empezó con los judíos cortesanos y siguió con los judíos millonarios y filántropos, puede muy bien hacer olvidar esa otra corriente de la tradición judía: la tradición de Heine, Rahel Varnhagen, Sholom Aleichem, de Bernard Lazare, Franz Kafka o incluso Charles Chaplin. Es la tradición de una minoría de judíos que no han querido convertirse en advenedizos, que prefirieron el estatuto de «parias conscientes». Todos exhibieron cualidades judías: el «corazón judío», la humanidad, el humor, la inteligencia desinteresada son todas cualidades de pa-

rias. Todos los defectos judíos —la falta de tacto, la estulticia política, los complejos de inferioridad y la mezquindad con el dinero— son características de los advenedizos. Siempre ha habido judíos que no han creído que valiera la pena cambiar su actitud humana y su enfoque natural de la realidad por la estrechez del espíritu de casta o por la irrealidad esencial de las transacciones financieras.

La historia les ha impuesto a unos y a otros, parias y advenedizos, la condición de proscritos. Los segundos no han aceptado aún la aguda observación de Balzac: «*On ne parvient pas deux fois*»,\* de modo que no entienden los sueños desbocados de los primeros y se sienten humillados al correr la misma suerte que ellos. Aquellos pocos refugiados que insisten en contar la verdad, aun a riesgo de caer en la «inconveniencia», obtienen a cambio de su impopularidad una inapreciable ventaja: la historia deja de ser para ellos un libro cerrado y la política no es ya el privilegio de los gentiles. Saben que la proscripción del pueblo judío en Europa ha ido seguida a poca distancia de la proscripción de la mayoría de las naciones. Los refugiados empujados de país en país representan la vanguardia de sus pueblos si conservan su identidad. Por vez primera la historia judía no va por separado, sino ligada a la de todas las demás naciones. El entendimiento entre los pueblos europeos se hizo añicos cuando y porque permitió que su miembro más débil fuera excluido y perseguido.

\* «No se llega dos veces.» (*N. del t.*)